

James Finn Garner



Cuentos infantiles
políticamente correctos

SIRCI

En tiempos muy lejanos, para amenizar las reuniones, era costumbre relatarse historias los unos a los otros. Aquellas narraciones orales, muchas de las cuales llegaron a abrirse camino hasta formar parte del dominio público, reflejaban el modo de vida de la sociedad de entonces. Eran cuentos sexistas, discriminatorios, injustos, culturalmente tendenciosos y denigrantes, para las brujas, los animales, los duendes y las hadas de este mundo.

Afortunadamente, James Finn Garner ha rescatado aquellas narraciones clásicas (Caperucita Roja, Blancanieves y los siete enanitos, etc...), contándolas de nuevo con un delicioso sentido del humor y de un modo mucho más aceptable para la sociedad de nuestros días, libre por completo de tendenciosidad y limpio de las influencias de un pasado culturalmente sospechoso, a años luz de la perfección que ampara todo lo políticamente correcto.

Cuentos infantiles políticamente correctos

James Finn Garner

Traducción de Gian Castelli Gair

Primera edición: Noviembre, 1995

Primera reimpresión: Abril, 1996

Título original: «Politically correct bedtime stories»

© 1994 by James Finn Garner

Publicado con autorización de Macmillan General Reference (Simon & Schuster Inc.)

© de la traducción: Gian Castelli Gair, 1995

© de la presente edición: CIRCE Ediciones, S.A.

Diagonal, 459 08036 Barcelona

ISBN: 84-7765-114-0

Depósito legal: B. 14.172-1996

Derechos exclusivos de edición en español para España.

Cubierta: Diseño, Gómez & López

Ilustración: Rick Lovell

A todos los miembros del *Theater of the Bizarre* incluidos Pepe, Armando, Egon, Ted, Matteo, Nick y Julietta; y también a James Ghelkins Junior, Willie, Smitty y Jocko, del Teatro de Marionetas Infantiles Teamsters, así como a otros muchos demasiado numerosos para incluir aquí. A Carol, por su ayuda y estímulo, y a Lies, por todo.



o cabe duda de que, cuando fueron originalmente escritos, los cuentos en los que se basan las siguientes historias cumplían con una función determinada, consistente en afianzar el patriarcado, distraer a las personas de sus impulsos naturales, «demonizar» el «mal» y «recompensar» el «bien» «objetivo». Por más que lo deseemos, no es justo culpar a los Hermanos Grimm de su insensibilidad ante los problemas de la mujer, las culturas minoritarias y el entorno natural. Del mismo modo, debemos comprender que en la farisaica Copenhague de Hans Christian Andersen apenas cabía esperar simpatía alguna por los derechos inalienables de toda sirena.

Hoy en día, tenemos la oportunidad —y la obligación— de replantearnos estos cuentos «clásicos» de tal modo que reflejen la ilustración de la época en que vivimos, y tal ha sido mi propósito al redactar esta humilde obra. Si bien su título original —*Cuentos de Hadas de la Era Moderna*— fue inmediatamente descartado por razones obvias (loor a mis editores por haber sabido señalar lo tendencioso de mis perspectivas heterosexuales), creo que se trata de una colección única en su género. Sin embargo, no es más que el comienzo: ciertos cuentos, tales como «El patito que logró verse juzgado por sus propios méritos y no por su aspecto personal», se han visto eliminados por motivos de espacio. Mi deseo sería completar aún varios volúmenes, y confío en que este libro despierte una imaginación progresivamente justa en otros escritores y, por supuesto, deposite una semilla indeleble en nuestros hijos.

Deseo disculparme de antemano y animar al lector a presentar cualquier sugerencia encaminada a rectificar posibles muestras —ya debidas a error u omisión— de actitudes inadvertidamente sexistas, racistas, culturalistas, nacionalistas, regionalistas, intelectualistas, sociocientistas, etnocéntricas, falocéntricas, heteropatriarcales o discriminatorias por cuestiones de edad, aspecto, capacidad física, tamaño, especie u otras no mencionadas, ya que no me cabe duda de que de mi intento por desarrollar una literatura significativa y desprovista de cualquier posible arbitrariedad y de la influencia de las imperfecciones del pasado ha de hallarse necesariamente sujeto a errores.



rasede una vez una persona de corta edad llamada Caperucita Roja que vivía con su madre en la linde de un bosque. Un día, su madre le pidió que llevase una cesta con fruta fresca y agua mineral a casa de su abuela, pero no porque lo considerara una labor propia de mujeres, atención, sino porque ello representaba un acto generoso que contribuía a afianzar la sensación de comunidad. Además, su abuela no estaba enferma; antes bien, gozaba de completa salud física y mental y era perfectamente capaz de cuidar de sí misma como persona adulta y madura que era.

Así, Caperucita Roja cogió su cesta y emprendió el camino a través del bosque. Muchas personas creían que el bosque era un lugar siniestro y peligroso, por lo que jamás se aventuraban en él. Caperucita Roja, por el contrario, poseía la suficiente confianza en su incipiente sexualidad como para evitar verse intimidada por una imaginaria tan obviamente freudiana.

De camino a casa de su abuela, Caperucita Roja se vio abordada por un lobo que le preguntó qué llevaba en la cesta.

—Un saludable tentempié para mi abuela quien, sin duda alguna, es perfectamente capaz de cuidar de sí misma como persona adulta y madura que es —respondió.

—No sé si sabes, querida —dijo el lobo—, que es peligroso para una niña pequeña recorrer sola estos bosques.

Respondió Caperucita:

—Encuentro esa observación sexista y en extremo insultante, pero haré caso omiso de ella debido a tu tradicional condición de proscrito social y a la perspectiva existencial —en tu caso propia y globalmente válida— que la angustia que tal condición te produce te ha llevado a desarrollar. Y ahora, si me perdonas, debo continuar mi camino.

Caperucita Roja enfiló nuevamente el sendero. Pero el lobo, liberado por su condición de segregado social de esa esclava dependencia del pensamiento lineal tan propia de Occidente, conocía una ruta más rápida para llegar a casa de la abuela. Tras irrumpir bruscamente en ella, devoró a la anciana, adoptando con ello una línea de conducta completamente válida para cualquier carnívoro. A continuación, inmune a las rígidas nociones tradicionales de lo masculino y lo femenino, se puso el camisón de la abuela y se acurrucó en el lecho.

Caperucita Roja entró en la cabaña y dijo:

—Abuela, te he traído algunas chucherías bajas en calorías y en sodio en reconocimiento a tu papel de sabia y generosa matriarca.

—Acércate más, criatura, para que pueda verte —dijo suavemente el lobo desde el lecho.

—¡Oh! —repuso Caperucita— Había olvidado que visualmente eres tan limitada como un topo. Pero, abuela, ¡qué ojos tan grandes tienes!

—Han visto mucho y han perdonado mucho, querida.

—Y, abuela, ¡qué nariz tan grande tienes!... relativamente hablando, claro está, y a su modo indudablemente atractiva.

—Ha olido mucho y ha perdonado mucho, querida.

—Y... ¡abuela, qué dientes tan grandes tienes!

Respondió el lobo:

—Soy feliz de ser *quien soy* y lo *que soy* —y, saltando de la cama, aferró a Caperucita Roja con sus garras, dispuesto a devorarla.

Caperucita gritó; no como resultado de la aparente tendencia del lobo hacia el travestismo, sino por la deliberada invasión que había realizado de su espacio personal.

Sus gritos llegaron a oídos de un operario de la industria maderera (o técnico en combustibles vegetales, como él mismo prefería considerarse) que pasaba por allí. Al entrar en la cabaña, advirtió el revuelo y trató de intervenir. Pero apenas había alzado su hacha cuando tanto el lobo como Caperucita Roja se detuvieron simultáneamente.

—¿Puede saberse con exactitud qué cree usted que está haciendo? —inquirió Caperucita.

El operario maderero parpadeó e intentó responder, pero las palabras no acudían a sus labios.

—¡Se cree acaso que puede irrumpir aquí como un Neandertalense cualquiera y delegar su capacidad de reflexión en el arma que lleva consigo! —prosiguió Caperucita— ¡Sexista! ¡Racista! ¿Cómo se atreve a dar por hecho que las mujeres y los lobos no son capaces de resolver sus propias diferencias sin la ayuda de un hombre?

Al oír el apasionado discurso de Caperucita, la abuela saltó de la panza del lobo, arrebató el hacha al operario maderero y le cortó la cabeza. Concluida la odisea, Caperucita, la abuela y el lobo creyeron experimentar cierta afinidad en sus objetivos, decidieron instaurar una forma alternativa de comunidad basada en la cooperación y el respeto mutuos y, juntos, vivieron felices en los bosques para siempre.



ace mucho tiempo, muy lejos de aquí, vivía un sastre itinerante que un día llegó a un país desconocido. Ahora bien, los sastres que acostumbran a desplazarse de un lugar a otro son personas por lo general reservadas que cuidan de no traspasar los límites de la comunidad. Aquel sastre, sin embargo, era un individuo hipergregario, además de limitado en cuanto a modestia se refiere, por lo que no tardó en vérselo en la taberna local abusando del alcohol, invadiendo el espacio privado del personal femenino y relatando ignorantes historias acerca de caldereros, recogedores de estiércol y otros comerciantes.

El tabernero se quejó a la policía, cuyos miembros detuvieron al sastre y le arrastraron a presencia del emperador. Como cabe esperar, toda una vida de convencimiento acerca de la absoluta legitimidad de la monarquía y la inherente superioridad de los varones habían convertido al emperador en un tirano fatuo e intelectualmente limitado. El sastre reconoció aquellas facetas de su carácter y decidió utilizarlas en provecho propio.

—¿Deseas expresar alguna solicitud antes de que te destierre de mi reino para siempre? —le preguntó el emperador.

—Tan sólo que Vuestra Majestad me conceda el honor de confeccionar un nuevo traje real —repuso el sastre—, ya que he traído conmigo un tejido especial tan raro y delicado que sólo puede ser visto por ciertas personas, precisamente por aquéllas que Vos querriais tener en vuestro reino: personas políticamente correctas, moralmente nobles, intelectual—mente agudas y culturalmente tolerantes que no fuman, ni beben, ni encuentran diversión en las chanzas sexistas; personas que no ven demasiada televisión, que no escuchan música *country* y que no organizan barbacoas.

Tras un instante de reflexión, el emperador accedió a su propuesta. Se sentía halagado por el concepto —pleno de fascismo y testosterona— de que el Imperio y sus habitantes existían únicamente para mejorar su imagen. Sería como estar casado con una mujer bandera y multiplicar cien mil veces la sensación resultante.

Ni que decir tiene que el sutilísimo tejido en cuestión no existía. Tantos años de vida fuera de los límites de una sociedad normal habían facilitado al sastre el desarrollo de un código moral propio que le invitaba a estafar y a humillar al emperador en nombre de los artesanos independientes en general. Y así, a lo largo de su diligente tarea, pudo convencer al emperador de estar cortando y cosiendo piezas de tela que, desde el más estricto sentido objetivo de la realidad, no existían.

Cuando el sastre anunció que había terminado, el emperador acudió a contemplar su nuevo atavío frente al espejo. Quien le hubiera visto allí, desnudo como el día en que vino al mundo, habría podido comprobar que los años que había pasado explotando al campesinado le habían convertido en una repelente masa de carne fofa y blancuzca. Ni que decir tiene que el propio emperador también lo advirtió, si bien fingió que era perfectamente capaz de distinguir tan hermosa y políticamente correcta vestimenta. Inmediatamente, ordenó celebrar un desfile al día siguiente para lucir su nuevo esplendor.

A la mañana siguiente, sus súbditos se congregaron en las calles para contemplar el grandioso desfile. Para entonces, ya se había corrido la voz acerca del nuevo traje del emperador, visible únicamente por personas ilustradas y de sanas costumbres, y no había ciudadano que no hubiera resuelto aparentar más rectitud que cualquiera de sus vecinos.

El desfile comenzó con gran algarabía. A medida que el emperador paseaba su pálida, abotargada y patriarcal anatomía por la calle, todos se deshacían en exclamaciones de sorpresa y admiración ante la belleza de su nuevo traje. Todos, con la excepción de un niño pequeño, que gritó:

—¡El emperador está desnudo!

El desfile se detuvo. El emperador interrumpió su avance, y sobre la multitud se abatió un silencio sepulcral, hasta que un campesino de excelentes reflejos mentales exclamó:

—¡No, no lo está! ¡Sencillamente, ha adoptado un estilo de vida alternativo en lo que se refiere a su atuendo!

De la muchedumbre se elevó una ovación, y todos los presentes se despojaron de sus vestiduras y se pusieron a danzar bajo la luz del sol, tal y como para ello los había diseñado la naturaleza. A partir de aquel día, el país pasó a admitir aquel estilo alternativo de vestimenta, y el sastre, privado de su modo de vida, empaquetó su aguja y sus hilos y nunca más volvió a saberse de él.



Había una vez tres cerditos que vivían juntos en armonía y mutuo respeto con el entorno que les rodeaba. Sirviéndose de los materiales propios de la zona que habitaban, se construyeron cada uno una hermosa casa. Un cerdito se la construyó de paja, otro de madera y el último de ladrillos fabricados a base de estiércol, arcilla y zarcillos y posteriormente cocidos en un pequeño horno. Al terminar, los tres cerditos se sintieron satisfechos de su labor y siguieron viviendo en paz e independencia.

Pero su idílica existencia no tardó en verse desbaratada. Un día, pasó por allí un enorme lobo malo con ideas expansionistas. Al ver a los cerditos, se sintió sumamente hambriento, tanto desde un punto de vista físico como ideológico. Cuando los cerditos vieron al lobo, se refugiaron en la casa de paja. El lobo corrió hasta ella y golpeó la puerta con los nudillos, gritando:

—¡Cerditos, cerditos, dejadme entrar!

Pero los cerditos respondieron:

—Tus tácticas de bandidaje no te servirán para amedrentar a unos cerditos empeñados en la defensa de su hogar y su cultura.

Pero el lobo se negaba a renunciar a lo que consideraba su destino ineludible. En consecuencia, sopló y sopló hasta derribar la casa de paja. Los cerditos, atemorizados, corrieron a la casa de madera con el lobo pisándoles los talones. El solar en el que se había alzado la casa de paja fue adquirido por otros lobos para organizar una plantación bananera.

Al llegar a la casa de madera, el lobo volvió a golpear la puerta y gritó:

—¡Cerditos, cerditos, dejadme entrar!

Pero los cerditos gritaron a su vez:

—¡Vete al infierno, condenado tirano carnívoro e imperialista!

Al oír aquello, el lobo se rió condescendentemente para sus adentros. Pensó para sí: «Va a ser una lástima que tengan que desaparecer, pero no se puede interrumpir la marcha del progreso.»

A continuación, sopló y sopló hasta derribar la casa de madera. Los cerditos huyeron a la casa de ladrillo con el lobo pisándoles nuevamente los talones. Al solar que había ocupado la casa de madera acudieron otros lobos y fundaron una urbanización de recreo en multipropiedad destinada a lobos en período de vacaciones, diseñando cada unidad como una reconstrucción en fibra de vidrio de la antigua casa de madera e instalando tiendas de recuerdos típicos de la localidad, clubes de submarinismo y delfinarios.

El lobo llegó a la casa de ladrillos y, una vez más, comenzó a aporrear la puerta, gritando:

—¡Cerditos, cerditos, dejadme entrar!

Esta vez, y a modo de respuesta, los cerditos entonaron cánticos de solidaridad y escribieron cartas de protesta a las Naciones Unidas.

Para entonces, al lobo comenzaba a irritarle la obcecación de los cerditos en su negativa a contemplar la situación desde una perspectiva carnívora, por lo que sopló y resopló y volvió a soplar hasta que, de repente, se aferró el pecho con las manos y se desplomó muerto como consecuencia de un infarto producido por el exceso de alimentos ricos en grasas.

Los tres cerditos celebraron el triunfo de la justicia y realizaron una breve danza en torno al cadáver del lobo. Su siguiente paso consistió en liberar sus tierras. Reunieron a un ejército de cerditos que se habían visto igualmente expulsados de sus propiedades y, con su nueva brigada de *porcinistas*, atacaron la urbanización con ametralladoras y lanzacohetes y dieron muerte a los crueles opresores lobunos, transmitiendo con ello un mensaje inequívoco al resto del hemisferio de no entrometerse en sus asuntos internos. A continuación, los cerditos fundaron un modelo de democracia socialista dotado de educación gratuita, un sistema universal de seguridad social y viviendas asequibles para todos.

Nota del autor: El lobo de este relato representa una imagen metafórica. Ningún lobo real ha sufrido daño alguno durante la redacción de esta historia.



ace mucho tiempo, en un reino muy lejano, vivía un molinero afectado por una situación económica sumamente desventajosa. Aquel molinero compartía su humilde morada con su única hija, una joven de espíritu independiente llamada Esmeralda. El caso es que, en lugar de mostrarse enfurecido contra el sistema económico que le marginaba, el molinero se sentía sumamente avergonzado de su pobreza, y siempre estaba buscando el modo de hacerse rico rápidamente.

—Si consiguiera casar a mi hija con un hombre rico —solía reflexionar con su actitud sexista y arcaica—, a ella no le faltaría de nada y yo no tendría que volver a trabajar durante el resto de mi vida.

Al fin, concibió una idea que le ayudaría a conseguir tan indigno objetivo. Haría correr el rumor de que su hija era capaz de hilar la paja corriente y convertirla en oro. Mediante aquella falsedad, lograría atraer la atención de numerosos hombres acaudalados y casar a su Esmeralda.

El rumor se propagó por el reino como un reguero de pólvora, y no tardó en llegar a oídos del príncipe. Éste, tan codicioso y cándido como la mayoría de los hombres de su posición, creyó aquellas habladurías a pies juntillas e invitó a Esmeralda a su castillo para asistir a los festejos celebrados con motivo del Primero de Mayo. Sin embargo, cuando llegó la muchacha, ordenó que la arrojaran a una mazmorra llena de paja y le ordenó que la transformara en oro.

Encerrada en aquel calabozo y temiendo por su vida, Esmeralda se sentó en el suelo y comenzó a sollozar. Nunca hasta entonces se le había revelado con tanta crudeza la capacidad de explotación del sistema patriarcal. Mientras lloraba, apareció de repente en la mazmorra un hombrecillo diminuto tocado con un gorro de feria.

—¿Por qué lloras, querida? —inquirió.

Esmeralda se sobresaltó, pero respondió a su pregunta:

—El príncipe me ha ordenado hilar toda esta paja hasta convertirla en oro.

—Sí, pero, ¿por qué lloras? —preguntó de nuevo.

—Porque no puede *hacerse*. ¿Qué eres tú, un superdotado o algo por el estilo?

El hombre de estatura reducida se echó a reír y dijo:

—Querida, concentras demasiado tu pensamiento en el hemisferio cerebral izquierdo. Pero estás de suerte. Te enseñaré cómo llevar a cabo esa tarea, sí, pero primero debes prometer que me darás a cambio lo que yo quiera.

Esmeralda, desprovista de elección alternativa, asintió. Para convertir la paja en oro, ambos la transportaron a una cooperativa campesina próxima, donde fue empleada para recubrir un viejo tejado. Dotados así de un hogar más seco, los granjeros vieron mejorar su salud y su productividad, fundaron una escuela comunal y transformaron gradualmente el reino en un modelo de democracia carente de cualquier forma de injusticia económica o social y dotado de una ínfima tasa de mortalidad infantil. El príncipe, por su parte, fue capturado por una muchedumbre airada y ejecutado a golpes de biello frente a su palacio. A medida que fueron incrementándose las inversiones extranjeras de todos los países del mundo, los campesinos recordaron la paja con que tan generosamente les había obsequiado Esmeralda y la recompensaron con numerosas arcas llenas de oro.

Cuando todo hubo terminado, el menudo hombrecillo del gorro de feria se echó a reír y dijo:

—Así es como se consigue transformar la paja en oro. —Inmediatamente, su expresión se tornó amenazadora:— Y ahora que ya he concluido mi labor, te toca a ti cumplir con tu parte del trato. ¡Habrás de entregarme tu primer hijo!

—¡No tengo por qué negociar con alguien capaz de interferir en mis derechos de reproducción! —le espetó Esmeralda sin vacilar.

El hombrecillo verticalmente limitado se sintió impresionado ante la convicción de su tono de voz, por lo que decidió cambiar de táctica y dijo ladinamente:

—Muy bien, querida; te dejaré libre de cualquier obligación si eres capaz de adivinar cómo me llamo.

—De acuerdo —repuso Esmeralda. Caviló unos instantes, golpeándose la barbilla con los dedos, y añadió—: ¿No te llamarás, acaso...? Oh, no lo sé... ¿El enano saltarín, quizá?

—¡AAAARGHHH! —chilló el hombre de altura limitada—. Pero, ¿cómo... cómo has podido saberlo?

Repuso Esmeralda:

—Porque aparece escrito sobre el distintivo del Seminario en pro de las Personas Pequeñas al Poder que aún llevas puesto.

El enano saltarín dejó escapar un alarido de furia, dio una patada en el suelo y, al hacerlo, se abrió la tierra y le tragó entre un torbellino de humo y azufre.

Esmeralda, con su dinero, se trasladó a California y abrió una clínica de planificación familiar para enseñar a otras mujeres a no dejarse esclavizar por sus sistemas reproductores y vivió soltera el resto de sus días como una persona concienciada y realizada.

LAS TRES CABRAS INTERDEPENDIENTES DE LA FAMILIA GRUFF



rasede una vez tres cabras relacionadas entre sí por su condición de hermanas que vivían juntas en la ladera de una hermosa montaña. Se llamaban Gruff, y formaban una familia sumamente unida. Durante los meses de invierno, vivían en un valle verde y exuberante, comiendo hierba y realizando otras actividades propias de su género. Al llegar el verano, ascendían por la falda de la montaña para alcanzar pastos más dulces. De este modo, evitaban agotar las reservas de su valle y lograban reducir al mínimo su impacto ecológico sobre el entorno natural.

Para llegar hasta sus pastos, sin embargo, las cabras tenían que atravesar un puente que se extendía sobre un ancho precipicio. Cuando llegaron los primeros días del verano, una de las cabras emprendió el camino, decidida a cruzar el puente. De las tres hermanas, aquella cabra era la menos desarrollada cronológicamente y, por ello, era la que menos superioridad dimensional había alcanzado. Cuando llegó al puente, se puso su casco de seguridad y se aferró al pasamanos. Sin embargo, apenas había comenzado a atravesarlo, cuando oyó un gruñido amenazador que procedía de debajo del puente.

De repente, vio saltar sobre la barandilla y aterrizar en su camino a un troll, una criatura peluda, higiénicamente limitada y olfativamente sobrecargada.

—¡Yaaarrgh! —entonó el troll—. ¡Soy el guardián de este puente, y por más que a las cabras pueda asistirles el derecho de atravesarlo, devoraré a cualquiera que lo intente!

—Pero, ¿por qué, señor Troll? —baló la cabra.

—Porque soy un troll, y además, muy orgulloso de serlo. Tengo todas las necesidades propias de cualquier troll, y entre las mismas se incluye comer cabras, conque harás bien en respetarlas o atenerte a las consecuencias.

La cabra estaba asustada.

—Le aseguro, señor —tartamudeó—, que si el hecho de devorarme pudiera ayudarle a convertirse en un troll más realizado consigo mismo, nada me proporcionaría tanta alegría como complacerle. Mas lo cierto es que no puedo comprometerme con semejante curso de acción sin consultar antes con mis hermanas. ¿Querrá perdonarme?

Y echó a correr de regreso al valle.

A continuación, fue la segunda hermana la que llegó al puente. Aquella cabra se encontraba más avanzada cronológicamente que la primera, por lo que disfrutaba de cierta ventaja de tamaño con respecto a aquélla (por más que ello no la hiciera mejor que las demás ni merecedora de privilegio adicional alguno). Cuando ya se disponía a cruzar el puente, el troll se interpuso en su camino.

—La naturaleza me ha hecho troll —dijo—, y me enorgullezco de mi condición. ¿Serías capaz de negarme el derecho a vivir como tal con tanta dignidad e integridad como me sea posible?

—¿Yo? ¡Jamás! —exclamó la cabra con gesto altivo.

—En tal caso, permanece inmóvil donde estás mientras yo me acerco y te como. Y no intentes salir corriendo, o habré de considerar tu actitud como una afrenta personal —dijo, y comenzó a invadir el espacio privado de la cabra.

—Sin embargo —balució la cabra—, pertenezco a una familia muy unida, y sería una muestra de egoísmo por mi parte dejarme devorar sin consultar antes con el resto de sus miembros. Sus sentimientos me merecen igual respeto. Detestaría pensar que mi ausencia pudiera causarles algún desgaste emocional por no haberles avisado previamente de...

—¡Ve, pues! —vociferó el troll.

—Regresaré aquí tan pronto como alcancemos todas un consenso mutuo —dijo la cabra—, ya que no sería justo mantenerte en esta incertidumbre.

—Muy amable por tu parte —dijo el troll, y la cabra echó a correr en dirección al valle. A medida que aumentaba su hambre, el troll comenzó a experimentar un profundo rencor hacia las cabras. Se hallaba decidido a acudir a las autoridades si no lograba comerse al menos una.

Cuando la tercera cabra acudió al puente, el troll descubrió que casi le doblaba en tamaño, y que se hallaba dotada de cuernos grandes y afilados y de duras y pesadas pezuñas. El troll advirtió que sus propias prerrogativas de intimidación física iban desvaneciéndose rápidamente. Sintiendo que el miedo le devoraba las entrañas, se hincó de rodillas y suplicó:

—¡Oh, por favor, por favor, perdóname! He estado utilizándoos a ti y a tus hermanas para mis propios fines egoístas. Ignoro qué ha sido lo que me ha impulsado a hacerlo, pero reconozco lo equivocado de mi conducta.

La cabra se postró a su vez sobre lo que en una cabra podrían considerarse las rodillas y dijo:

—Vamos, vamos, no te eches toda la culpa a ti mismo. Ha sido nuestra presencia y nuestra condición de criaturas notablemente comestibles lo que te ha llevado a esta situación.

Tanto mis hermanas como yo estamos profundamente apenadas. Por favor, eres tú quien debe perdonarnos a nosotras.

El troll comenzó a sollozar.

—No, no, todo ha sido culpa mía. Os he amenazado e intimidado a todas, simplemente en beneficio de mi propia supervivencia. ¡Cómo he podido ser tan egoísta!

Pero la cabra no estaba dispuesta a dar su extremidad a torcer.

—Nosotras hemos sido las egoístas. Tan sólo buscábamos salvar nuestro propio pellejo y hemos desatendido por completo tus necesidades. ¡Te lo ruego, devórame ahora!

—No —dijo el troll—; eres tú quien debe arrojarme de este puente a topetazos por egocéntrico e insensible.

—No tengo la menor intención de hacer semejante cosa —dijo la cabra—, ya que fuimos nosotras las que te tentamos desde un principio. Vamos, pégame un mordisco.

Adelante.

—Te digo —insistió el troll, incorporándose— que aquí el único culpable soy yo. ¡Así que tírame del puente, y deprisa!

—Escucha —dijo la cabra, alzándose cuan alta era—, no pienso permitir que nadie cargue con mis culpas en este asunto, ni siquiera tú, así que haz el favor de comerme antes de que te sacuda en la nariz.

—¡No se te ocurra jugar conmigo a ver quién es más culpable, cabeza de cuerno!

—¿Yo cabeza de cuerno, especie de bola peluda y maloliente? ¡Ahora te enseñaré quién tiene la culpa y quién no! —y, diciendo esto, comenzaron a luchar, a morderse, a golpearse y a propinarse patadas en su común intento de cargar con todo el peso de la culpa.

Las otras dos cabras se aproximaron al puente y procedieron a evaluar la situación de la batalla. Sintiendo culpables por no haber asumido suficiente proporción de culpa, se unieron ambas a la refriega, formando con los otros contendientes un torbellino de pelo, pezuñas, cuernos y dientes. Pero la endeble estructura del puente no estaba diseñada para soportar tanto peso, por lo que comenzó a estremecerse y a oscilar hasta que, finalmente, cedió, arrojando al troll y a las tres cabras interdependientes al precipicio. Mientras caían, todos experimentaron el alivio de saber que por fin iban a recibir su merecido, con el aliciente adicional de otra pequeña porción de culpa por su responsabilidad en el destino de los demás.



rasede una vez un calderero económicamente desfavorecido que vivía con su mujer. Su falta de bienestar material no debe dar a entender que el conjunto de los caldereros formen un grupo económicamente marginado, ni que, de ser así, merezcan sufrir dicha condición. Por más que en los cuentos infantiles clásicos el calderero represente el arquetipo de víctima propiciatoria, este individuo en particular era calderero de profesión y, sencillamente, se encontraba en una posición de desventaja económica.

El calderero y su mujer vivían en una diminuta casucha próxima a la modesta finca de una de las brujas de la localidad. Desde su ventana, podían admirar el jardín de la bruja, que ésta cuidaba meticulosamente en un repugnante intento por imponer sobre la Naturaleza nuestras nociones humanas de orden.

La mujer del calderero estaba embarazada y, mientras observaba el jardín de la bruja, comenzó a experimentar un apetito irresistible por las lechugas que ésta cultivaba. Suplicó al calderero que saltara la valla y le trajera algunas, y su esposo terminó por ceder a sus deseos: al caer la noche, saltó la valla y se apropió de unas cuantas lechugas. Sin embargo, antes de que pudiera regresar a su hogar, se vio sorprendido por la bruja.

Ahora bien, la bruja en cuestión era una persona de amabilidad sumamente limitada. (No pretendemos afirmar con ello que todas las brujas —ni siquiera algunas— lo sean, ni despojar a esta bruja en cuestión de su derecho a expresar su carácter natural, sea éste cual fuere. Antes bien, nos inclinamos por reconocer que dicho carácter se debía, sin duda, a numerosas circunstancias relacionadas con su educación y su entorno social que aquí, desgraciadamente, habremos de omitir por necesidades de espacio.)

Pero, como decíamos, la bruja era una persona de amabilidad notablemente limitada, por lo que el calderero experimentó un agudo temor cuando ella, asiéndole por el cuello, le preguntó:

—¿Adonde vas con mis lechugas?

El calderero podría acaso haber discutido con ella los conceptos de la propiedad y haber argumentado que las lechugas «perteneían» en buena ley a cualquiera que tuviera el hambre y el coraje suficientes como para apropiarse de ellas. Sin embargo, imploró piedad, sin importarle el degradante espectáculo que ofrecía con ello.

—Ha sido culpa de mi mujer —gimió, de un modo característicamente machista—. Está embarazada y se ha encaprichado con sus espléndidas lechugas. Le ruego que me perdone la vida. Por más que el concepto de hogar regentado por un progenitor único resulta totalmente aceptable, le ruego que no me mate, pues con ello despojaría a mi retoño de una estructura familiar estable basada en el cuidado de ambos cónyuges.

La bruja caviló unos instantes y, a continuación, soltó al calderero y desapareció sin pronunciar palabra. El hombre recogió sus lechugas y regresó a su hogar con enorme alivio. Pocos meses después, y tras terribles sufrimientos que los hombres nunca podrán apreciar debidamente, la mujer del calderero dio a luz a una hermosísima y saludable mujer de corta edad, a la que llamaron Rapunzel como referencia a un conocido género de lechugas.

Poco después, la bruja se presentó en el umbral de su puerta exigiendo que le fuera entregada la recién nacida a cambio de haber perdonado la vida del calderero cuando éste se introdujo en su jardín. ¿Qué podían hacer? La situación vital de impotencia que padecían siempre les había dejado a merced de cualquier forma de explotación, y en aquel momento no vieron otra alternativa posible. Entregaron a Rapunzel a la bruja y ésta se alejó a toda prisa.

La bruja llevó a la pequeña al corazón del bosque y la encerró en una elevada torre de evidente representación simbólica. Allí creció Rapunzel hasta convertirse en una mujer adulta. La torre carecía de puertas o escaleras, y tan sólo tenía una ventana en su parte superior. El único modo de acceder a la ventana era trepando por la larga y voluminosa cabellera de Rapunzel (una vez más, el simbolismo de todo ello debería resultar obvio).

La bruja era la única visitante de Rapunzel. Solía detenerse al pie de la torre y gritar:

«Rapunzel, Rapunzel, descuelga tu cabellera para que por ella ascienda, cual por dorada escalera.»

Y Rapunzel, obedientemente, dejaba caer su trenza. De este modo, y durante años, permitió que se explotara su cuerpo para satisfacer las necesidades de desplazamiento de otra persona. A la bruja le gustaba la música, y enseñó a Rapunzel a cantar. Juntas, pasaban largas horas cantando en la torre.

Pero un día, un príncipe pasó cerca de la torre y oyó el canto de Rapunzel. No obstante, al aproximarse a la fuente de aquel delicioso sonido avistó a la bruja y se ocultó entre los árboles junto con su equino acompañante. Desde su escondrijo, pudo ver cómo la bruja llamaba a Rapunzel, cómo ésta dejaba caer su trenza y cómo la bruja trepaba por ella. Y, nuevamente, llegó a sus oídos aquel canto hermosísimo. Finalmente, cuando la bruja abandonó la torre y desapareció en la distancia, el príncipe salió de los bosques y dijo:

«Rapunzel, Rapunzel, descuelga tu cabellera para que por ella ascienda, cual por dorada escalera.»

Inmediatamente, Rapunzel descolgó su trenza por la ventana y el príncipe trepó por ella.

Cuando el príncipe vio a Rapunzel, el atractivo físico de ésta —muy superior a la media— y sus cabellos largos y abundantes le llevaron a presumir (de un modo típicamente sexista) que su personalidad sería igualmente atractiva. (No pretendemos, con ello, sugerir que todos los príncipes juzguen a las personas únicamente por su aspecto, ni negarle a éste en particular su derecho a realizar tales presunciones. Remítase el lector a otras aclaraciones expresadas en párrafos anteriores.)

Y dijo el príncipe:

—¡Oh, hermosa doncella! He oído vuestro canto mientras cabalgaba por las cercanías. Cantad de nuevo para mí, os lo ruego.

Rapunzel no sabía muy bien qué actitud adoptar ante aquella persona, ya que hasta entonces nunca había visto un hombre de cerca. Pensó que era una extraña criatura: de grandes dimensiones, rostro velludo y dotada de un poderoso olor acre. De algún modo inexplicable, Rapunzel se sintió extrañamente atraída por aquella mezcla y abrió la boca dispuesta a cantar.

—¡Detente inmediatamente! —exclamó una voz procedente de la ventana.

¡La bruja había regresado!

—¿Cómo... cómo habéis podido subir? —inquirió Rapunzel.

—Ordené fabricar una segunda trenza para emplearla en caso de apuro —dijo la bruja con tono desenfadado—, y parece que tal es el caso. ¡Escúchame, príncipe! Construí esta torre para mantener a Rapunzel alejada de hombres como tú. Fui yo quien la enseñó a cantar y llevo años educando su voz. Se quedará aquí y no cantará para nadie más que para mí, ya que soy la única persona que realmente la ama.

—Podemos discutir vuestros problemas de interdependencia más tarde —dijo el príncipe—. Antes quisiera oír a... ¿Rapunzel, se llama?... Querría oír cantar a Rapunzel.

—¡NO! —chilló la bruja—. ¡Voy a arrojarte por la ventana sobre las zarzas que crecen bajo ella y así sus espinas te arrancarán los ojos y tendrás que vagar por la campiña maldiciendo tu mala suerte durante el resto de tus días!

—Quizá te interese reconsiderar esa decisión —dijo el príncipe—. Verás, tengo en la industria discográfica buenos amigos a los que quizá les interesaría oír a... ¿Rapunzel, te llamabas? Tiene un estilo diferente... pegadizo, diría yo.

—¡Lo sabía! ¡Quieres apartarla de mí!

—No, no. Quiero que sigas adiestrándola, que la eduques... en calidad de *representante* —dijo el príncipe—. Luego, en su momento, digamos al cabo de una o dos semanas, podrás revelar su talento al mundo y nos embolsaremos la pasta.

La bruja vaciló unos instantes mientras sopesaba la propuesta, y su actitud se apaciguó visiblemente. A continuación, el príncipe y ella comenzaron a discutir contratos discográficos y derechos de vídeo, así como posibles ideas de comercialización, entre las que se incluían muñecas «Rapunzel»© de tamaño natural equipadas con sus propias Columnas Melódicas© estereofónicas en miniatura.

Mientras les observaba, Rapunzel veía transformarse sus sospechas en una sensación de repugnancia. Durante años, sus cabellos se habían visto explotados para satisfacer las necesidades de desplazamiento de terceros, y ahora querían explotar también sus dotes vocales. «De modo que la avaricia es un vicio común a ambos sexos», pensó con un suspiro.

Rapunzel fue acercándose lentamente a la ventana sin ser vista y, una vez allí, se descolgó a lo largo de la segunda trenza hasta donde aguardaba el caballo del príncipe. A continuación, se dirigió a la trenza y partió con ella al galope dejando que la bruja y el príncipe siguieran discutiendo sus derechos y porcentajes en el fático torreón.

Rapunzel se dirigió a la ciudad y alquiló una habitación en un edificio provisto de escaleras como es debido. Posteriormente, creó una Fundación no lucrativa para el fomento de la Libre Proliferación de la Música, se cortó la cabellera y la donó a una subasta destinada a la recogida de fondos. Durante el resto de sus días, cantó gratuitamente en cafés y galerías de arte, negándose sistemáticamente a explotar, a cambio de dinero, el deseo de oírla cantar que pudieran experimentar otras personas.



rasede una vez una joven llamada Cenicienta cuya madre natural había muerto siendo ella muy niña. Pocos años después, su padre había contraído matrimonio con una viuda que tenía dos hijas mayores. La madre política de Cenicienta la trataba con notable crueldad, y sus hermanas políticas le hacían la vida sumamente dura, como si en ella tuvieran a una empleada personal sin derecho a salario.

Un día, les llegó una invitación. El príncipe proyectaba celebrar un baile de disfraces para conmemorar la explotación a la que sometía a los desposeídos y al campesinado marginal. A las hermanas políticas de Cenicienta les emocionó considerablemente verse invitadas a palacio, y comenzaron a planificar los costosos atavíos que habrían de emplear para alterar y esclavizar sus imágenes corporales naturales con vistas a emular modelos irreales de belleza femenina. (Especialmente irreales en su caso, dado que desde el punto de vista estético se hallaban lo bastante limitadas como para parar un tren.) La madre política de Cenicienta también planeaba asistir al baile, por lo que Cenicienta se vio obligada a trabajar como un perro (metáfora tan apropiada como desafortunadamente denigratoria de la especie canina).

Cuando llegó el día del baile, Cenicienta ayudó a su madre y hermanas políticas a ponerse sus vestidos. Se trataba de una tarea formidable: era como intentar apelmazar cuatro kilos y medio de carne animal no humana en un pellejo con capacidad para contener apenas la mitad. A continuación, vino la colosal intensificación cosmética, proceso que resulta preferible no describir aquí en absoluto. Al caer la tarde, la madre y hermanas políticas de Cenicienta la dejaron sola con órdenes de concluir sus labores caseras. Cenicienta se sintió apenada, pero se contentó con la idea de poder escuchar sus discos de canción protesta.

Súbitamente, surgió un destello de luz y Cenicienta pudo ver frente a ella a un hombre ataviado con holgadas prendas de algodón y un sombrero de ala ancha. Al principio, pensó que se trataba de un abogado del Sur o de un director de banda, pero el recién llegado no tardó en sacarla de su error.

—Hola, Cenicienta, soy el responsable de tu padrinzago en el reino de las hadas o, si lo prefieres, tu representante sobrenatural privado. ¿Así que deseas asistir al baile, no es cierto? ¿Y ceñirte, con ello, al concepto masculino de belleza? ¿Apretujarte en un estrecho vestido que no hará sino cortarte la circulación? ¿Embutir los pies en unos zapatos de tacón alto que echarán a perder tu estructura ósea? ¿Pintarte el rostro con cosméticos y productos químicos de efectos previamente ensayados en animales no humanos?

—Oh, sí, ya lo creo —repuso ella al instante.

Su representante sobrenatural dejó escapar un profundo suspiro y decidió aplazar la educación política de la joven para otro día. Recurriendo a su magia, la envolvió de una hermosa y brillante luz y la transportó hasta el palacio.

Frente a sus puertas, podía verse aquella noche una interminable hilera de carruajes: aparentemente, a nadie se le había ocurrido compartir su vehículo con otras personas. Y llegó Cenicienta en un pesado carruaje dorado que arrastraba con enorme esfuerzo un tiro de esclavos equinos. La joven iba vestida con una ajustada túnica fabricada con seda arrebatada a inocentes gusanos, y llevaba los cabellos adornados con perlas producto del saqueo de laboriosas ostras indefensas. Y en los pies, por arriesgado que ello pueda parecer, llevaba unos zapatos labrados en fino cristal.

Al entrar Cenicienta en el salón de baile, todas las cabezas se volvieron hacia ella. Los hombres admiraron y codiciaron a aquella mujer que tan perfectamente había sabido satisfacer la estética de muñeca Barbie que unos y otros aplicaban a su concepto de atractivo femenino. Las mujeres, por su parte, adiestradas desde su más tierna edad en el desprecio de sus propios cuerpos, contemplaron a Cenicienta con envidia y rencor. Ni siquiera su propia madre y hermanas políticas, consumidas por los celos, fueron capaces de reconocerla.

Cenicienta no tardó en captar la mirada errante del príncipe, quien se encontraba en aquel momento ocupado discutiendo acerca de torneos y peleas de osos con sus amigotes. Al verla, el príncipe se sintió temporalmente incapaz de hablar con la misma libertad que la generalidad de la población. «He aquí —pensó—, una mujer a la que podría convertir en mi princesa e impregnar con la prole de mis perfectos genes, lo que me convertiría en la envidia del resto de los príncipes en varios kilómetros a la redonda. ¡Y encima es rubia!»

El príncipe se dispuso a atravesar el salón de baile en dirección a su presa. Sus amigos siguieron sus pasos en pos de Cenicienta, y todos aquellos varones presentes en la sala que contaban menos de setenta años de edad y no estaban ocupados sirviendo copas hicieron lo propio.

Cenicienta, orgullosa de la conmoción que estaba causando, avanzaba con la cabeza alta, adoptando el porte propio de una mujer de elevada condición social. Pronto, sin embargo, resultó evidente que dicha conmoción se estaba convirtiendo en algo desagradable o, al menos, susceptible de producir disfunción social.

El príncipe había declarado de modo inequívoco a sus amigos que tenía intención de «poseer» a aquella joven mujer. Su determinación, no obstante, había irritado a sus compañeros, ya que también ellos la codiciaban y pretendían poseerla. Los hombres comenzaron a gritarse y empujarse unos a otros. El mejor amigo del príncipe, un duque tan robusto como cerebralmente constreñido, le detuvo a medio camino de la pista de baile e insistió en que él sería quien consiguiera a Cenicienta. La respuesta del príncipe consistió en un rápido puntapié en la ingle, lo que dejó al duque temporalmente inactivo. El príncipe, sin embargo, se vio inmovilizado por otros varones sexualmente enloquecidos y desapareció bajo una montaña de animales humanos.

Las mujeres contemplaban la escena, espantadas ante aquella depravada exhibición de testosterona, pero, por más que lo intentaron, se vieron incapaces de separar a los combatientes. A sus ojos, parecía que no era otra que Cenicienta la causa del problema, por lo que la rodearon dando muestras de una nada fraternal hostilidad. Ella trató de escapar, pero sus incómodos zapatos de cristal lo hacían casi imposible. Afortunadamente para ella, ninguna de sus rivales había acudido mejor calzada.

El estruendo creció hasta el punto de que nadie oyó que el reloj de la torre estaba dando las doce. Al sonar la última campanada, la hermosa túnica y los zapatos de Cenicienta se esfumaron y la joven se vio nuevamente ataviada con sus viejos harapos de campesina. Su madre y hermanas políticas la reconocieron de inmediato, pero guardaron silencio para evitar una situación embarazosa.

Ante aquella mágica transformación, todas las mujeres enmudecieron. Liberada del estorbo de su túnica y de sus zapatos, Cenicienta suspiró, se estiró y se rascó los costados. A continuación, sonrió, cerró los ojos y dijo:

—Y ahora, hermanas, podéis matarme si así lo deseáis, pero al menos moriré contenta.

Las mujeres que la rodeaban volvieron a experimentar una sensación de envidia, pero esta vez enfocaron la situación desde una perspectiva diferente: en lugar de perseguir venganza, comenzaron desprenderse de los corpiños, corsés, zapatos y demás prendas que las limitaban. Inmediatamente, empezaron a bailar a saltar y a gritar de alegría, pues se sentían al fin cómodas con sus prendas interiores y sus pies descalzos.

De haber distraído los varones la mirada de su machista orgía de destrucción, habrían podido ver a numerosas mujeres ataviadas tal y como normalmente acuden al tocador. Sin embargo, no cesaron de golpearse, aporrearse, patearse y arañarse hasta perecer todos, desde el primero hasta el último.

Las mujeres chasquearon los labios, sin experimentar remordimiento alguno. El palacio y el reino habían pasado a ser suyos. Su primer acto oficial consistió en vestir a los hombres con sus propios vestidos y afirmar ante los medios de comunicación que los disturbios habían surgido cuando algunas personas amenazaron con revelar la tendencia del príncipe y de sus amigos al travestismo. El segundo fue fundar una cooperativa textil destinada únicamente a la producción de prendas femeninas confortables y prácticas. A continuación, colgaron un cartel en el castillo anunciando la venta de CeniPrendas (pues así se denominaba la nueva línea de vestido) y, gracias a su actitud emprendedora y a sus hábiles sistemas de comercialización, todas —incluidas la madre y hermanas políticas de Cenicienta— vivieron felices para siempre.



En las profundidades de la espesura, más allá del río, en el mismo corazón del bosque, habitaba una familia de osos compuesta por Papá Oso, Mamá Osa y el Pequeño Osito. Vivían todos una existencia antropomórfica diseñada como familia nuclear y enmarcada en el espacio de una diminuta cabaña. Ni que decir tiene que todos lamentaban profundamente esta circunstancia, ya que, tradicionalmente, la familia establecida en torno a un núcleo no ha servido para otra cosa que para esclavizar a las mujeres, inculcar una moral farisaica en sus miembros e infundir en las generaciones subsiguientes rígidas nociones en lo que se refiere a los respectivos papeles heterosexuales de sus miembros. Así y todo, intentaban vivir felices y procuraban adoptar las medidas necesarias para evitar tales peligros (entre otras, habían optado por dirigirse a su retoño como «criatura», en tanto que denominación desprovista de género específico).

Una mañana, se sentaron todos a desayunar en su pequeña cabaña antropomórfica. Papá Oso había preparado grandes cuencos de gachas naturales y desprovistas de ingredientes artificiales. Las gachas, sin embargo, acababan de ser retiradas del fogón y aún se encontraban demasiado sobrecargadas desde el punto de vista térmico como para poder consumirse. Así pues, decidieron aguardar a que sus cuencos se enfriaran y salieron a dar un paseo y a visitar a sus vecinos del reino animal.

Apenas hubieron partido, surgió de entre los arbustos una joven mujer cutáneamente empobrecida en melanina que se deslizó hasta el interior de la cabaña. Se llamaba Ricitos de Oro, y llevaba varios días observando a los osos. Se trataba, dicho sea de paso, de una bióloga especializada en el estudio de osos antropomórficos. En otro tiempo, había ejercido como profesora, pero su agresiva y masculina actitud frente a la ciencia (era aficionada a desgarrar los tenues velos de la Naturaleza, exponiendo sus secretos, invadiendo su esencia y empleándola en beneficio de sus propios y egocéntricos propósitos para luego alardear de tales violaciones a través de colaboraciones en diversas revistas) la había llevado a su cese.

La vil bióloga en cuestión llevaba ya algún tiempo observando la cabaña. Su intención era implantar radiotransmisores en los osos y controlar posteriormente sus desplazamientos migratorios y vitales con total desprecio de su intimidad personal (o, mejor dicho, animal). Guiada únicamente por sus propósitos de espionaje científico, Ricitos de Oro allanó la cabaña de los osos. Tras penetrar en la cocina, aderezó sus cuencos de gachas con un sedante. A continuación, irrumpió en el dormitorio y dispuso trampas en las camas. Su plan consistía en drogar a los osos y aprovechar el momento en que se dispusieran a tenderse en sus respectivos lechos para atenzar lazos radiotransmisores en torno a sus cuellos tan pronto como depositaran la cabeza sobre la almohada.

Ricitos de Oro se rió entre dientes y pensó: «¡Estos osos han de ser mi pasaporte hacia la fama! Ya les enseñaré yo a esos mentecatos de la universidad los arrestos que hacen falta para realizar una investigación como Dios manda!» A continuación, se agazapó en una esquina del dormitorio y esperó. Y siguió esperando, y esperó aún un rato más. Pero los osos tardaban tanto en regresar de su paseo que se quedó dormida.

Cuando los osos regresaron por fin, se sentaron, dispuestos a consumir su desayuno, pero inmediatamente se detuvieron.

—¿No te da la sensación de que estas gachas están algo pasadas, Mamá? —preguntó Papá Oso.

—Sí —repuso Mamá Osa—, así es. ¿Y las tuyas, Criatura? ¿Te huelen como si estuvieran pasadas?

—Sí, es cierto —dijo el Pequeño Osito— Huelen a producto químico.

Recelosos, se levantaron de la mesa y acudieron a la sala de estar. Papá Oso olfateó el aire y preguntó:

—¿Huelen algo, Mamá?

—Sí —afirmó Mamá Osa—. Sí huelo. ¿Huelen tú algo, Criatura?

—Sí —dijo el Pequeño Osito—. Sí huelo. Huelo un aroma acre, sudoroso y en absoluto limpio.

Cada vez más alarmados, se dirigieron al dormitorio, y Papá Oso preguntó:

—¿No es un lazo y un collar radiotransmisor lo que distingo bajo mi almohada, Mamá?

—En efecto —repuso Mamá Osa—. ¿Hay un lazo y un collar radiotransmisor bajo la mía, Criatura?

—¡Sí que los hay! —exclamó el Pequeño Osito—. ¡Y, además, puedo ver al ser humano que los ha puesto ahí!

Diciendo esto, el Pequeño Osito señaló el rincón en el que dormía Ricitos de Oro. Los tres comenzaron a gruñir, y Ricitos de Oro se despertó sobresaltada. Poniéndose en pie de un brinco, trató de escapar, pero Papá Oso obstaculizó su huida de un zarpazo, y Mamá Osa hizo lo propio. Reducida así Ricitos de Oro a una situación de incapacidad motora, Papá y Mamá Osos se abalanzaron sobre ella con uñas y dientes. Inmediatamente, la engulleron y, al cabo de unos instantes, no quedaban de la rebelde bióloga otros vestigios que un mechón de cabellos rubios y su cuaderno de apuntes.

El Pequeño Osito contempló la escena estupefacto y, cuando todo hubo concluido, preguntó:

—Mamá, Papá, ¿qué habéis hecho? Pensaba que éramos todos vegetarianos.

—Y lo somos —eructó Papá Oso—, pero siempre estamos dispuestos a probar cosas nuevas. La flexibilidad no es sino una más de las muchas ventajas que encierra todo sistema de vida pluricultural.

BLANCANIEVES Y LOS SIETE ENANITOS



rasede una vez una joven princesa en absoluto desagradable desde el punto de vista estético que, además, se hallaba dotada de un temperamento mucho más cautivador que el de la mayoría de sus conciudadanos. Era conocida con el apodo de Blancanieves, denominación que refleja la discriminación implícita en el hecho de asociar cualidades agradables o atractivas con la luz y otras más antipáticas o repelentes con la oscuridad. Así, y desde su más tierna edad, Blancanieves era ya una víctima inconsciente —si bien privilegiada— de esta clase de clasificaciones cromáticas.

Cuando Blancanieves era aún muy joven, su madre cayó repentinamente enferma, vio luego acrecentada su falta de salud y terminó por caer en estado terminal. Su padre, el rey, la lloró durante lo que podríamos considerar como un periodo de tiempo aceptable y, por fin, requirió a otra mujer para ocupar el puesto de reina. Blancanieves hizo cuanto estuvo en su mano para agradar a su nueva madre política, pero no pudo evitar que entre ambas se estableciera una relación de frialdad y distancia.

La más preciada posesión de la reina era un espejo mágico que tenía la virtud de responder con veracidad a cualquier pregunta que se le formulara. Sin embargo, sus largos años de condicionamiento social bajo una dictadura jerárquica masculina habían convertido a la reina en una mujer considerablemente insegura acerca de sus propios méritos. La belleza física había llegado a convertirse en el único valor que por entonces la preocupaba, y se había acostumbrado a autodefinirse basándose únicamente en su aspecto personal. Así pues, todas las mañanas, la reina preguntaba a su espejo:

«Espejito mágico, que todo lo ves, la más hermosa, dime, ¿quién es?»

Y el espejo contestaba:

«Permitidme —oh, mi reina— ser sincero: sois sin duda la más bella que existe en el mundo entero.»

Aquel diálogo fue sucediéndose a diario con regularidad hasta un día en que la reina se despertó sintiendo que no tenía bien el pelo y, ávida de apoyo externo, formuló la pregunta de costumbre. El espejo, sin embargo, repuso:

«Tal valor a la belleza no debes darle, ricura, pues tiempo ha que Blancanieves te supera en hermosura.»

Al oír aquello, la reina montó en cólera. Cualquier oportunidad de colaborar con Blancanieves en pos de un sólido lazo de hermandad era algo que ya pertenecía al pasado. Por el contrario, la reina se dejó llevar por un acceso transitorio de prepotencia masculina y ordenó al real maestro talador que se llevara a Blancanieves al bosque y la matara. Asimismo (y posiblemente para impresionar a los varones de la corte real), añadió una bárbara exigencia: debía arrancar el corazón a la joven y llevarlo posteriormente a su presencia.

El maestro talador aceptó entristecido aquellas órdenes y condujo a la muchacha, que de hecho era ya una mujer incipiente, hasta el corazón del bosque. Sin embargo, su relación con la tierra y con las estaciones naturales del año habían hecho de él una persona bondadosa, y no pudo soportar la idea de hacer daño a la joven. Así, puso a Blancanieves al corriente de la opresiva e insolidaria orden de la reina y la exhortó a partir a la carrera y a internarse cuanto pudiera en el bosque.

La atemorizada Blancanieves hizo lo que le ordenaban. El maestro talador, temeroso de la ira de la reina por más que hubiera rehusado a poner fin a otra vida con el simple fin de complacerla, acudió al poblado y pidió al pastelero que le fabricara un corazón de mazapán. A continuación, se lo entregó a la reina, quien lo devoró ávidamente, ofreciendo con ello un repugnante espectáculo de pseudo-canibalismo.

Entretanto, Blancanieves seguía corriendo entre la espesura. Y justamente cuando ya creía haberse alejado lo más posible de la civilización y de sus peligrosos efectos, tropezó con una cabaña. En su interior, pudo distinguir una hilera de siete camas diminutas sin hacer. Vio asimismo siete platos apilados en el fregadero y siete butacones anatómicos emplazados frente a otros tantos televisores con control remoto. Supuso que la cabaña debía pertenecer bien a siete hombres de pequeño tamaño o bien a algún numerólogo desaseado. Las camas mostraban un aspecto tan tentador que la fatigada joven se acurrucó sobre una de ellas e, inmediatamente, se quedó dormida.

Cuando despertó, varias horas más tarde, vio ante sí los rostros de siete hombres barbudos y verticalmente limitados que la contemplaban inmóviles alrededor de la cama y se incorporó, sobresaltada. Uno de los hombres dijo:

—¿Habéis visto eso? Típico de las mujeres frívolas: tan pronto descansan pacíficamente como se incorporan y se ponen a chillar.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo otro—. Esta mujer desbaratará nuestros potentes vínculos de hermandad y creará entre nosotros una situación de rivalidad en la persecución de sus afectos. Yo voto por arrojarla al río en un saco lleno de piedras.

—Yo también opino que deberíamos deshacernos de ella —dijo un tercero— pero, ¿por qué degradar el medio ambiente? ¿Por qué no arrojarla a los osos o algo por el estilo? Así, pasaría a formar parte de la cadena alimenticia.

—¡Bravo, bravo!

—Bien pensado, hermano.

Cuando Blancanieves recuperó por fin la consciencia, suplicó:

—Por favor, por favor, no me matéis. No pretendía causar daño alguno al acostarme en vuestra cama. Pensé que nadie lo advertiría.

—¿Lo veis? —dijo uno de los hombres— Ya empiezan a aflorar las clásicas inquietudes femeninas. Ahora protesta porque no hemos hecho las camas.

—¡Matadla! ¡Matadla!

—¡No, por favor! —gimió la joven—. Si me he internado tanto en estos bosques es debido a que mi madre política, la reina, ordenó que me mataran.

—¿Habéis oído? ¡He ahí la mutua vengatividad femenina!

—¡No pretendas hacerte la víctima con nosotros, guapa!

—¡SILENCIO! —retumbó uno de ellos, dotado de una flamígera cabellera roja cubierta por la piel de una especie animal no humana. Blancanieves advirtió que era el jefe del grupo, y que de él dependía su suerte—. Explicáte. ¿Cómo te llamas y cuál es el motivo real de tu presencia aquí?

—Me llamo Blancanieves —comenzó ella—, y ya os he explicado el motivo: mi madre política, la reina, ordenó a un maestro talador que me llevara al bosque y me matara, pero él se compadeció de mí y me dijo que echara a correr por el bosque y que me alejara todo lo posible.

—Típico de las mujeres —gruñó uno de los miembros del grupo para sus adentros—: se buscan a un hombre para que les haga el trabajo sucio.

El jefe alzó la mano exigiendo silencio y dijo:

—Muy bien, Blancanieves. Si esa es tu historia, imagino que tendremos que creerte.

Blancanieves comenzaba a sentirse molesta por el trato que estaba recibiendo, pero intentó no mostrarlo.

—En cualquier caso, ¿puede saberse quiénes sois vosotros? —inquirió.

—Se nos conoce con el nombre de los Siete Gigantes Colosales —repuso el jefe. A Blancanieves se le escapó una risita que no pasó desapercibida, pero el líder continuó—:

Somos *colosales* en espíritu, y por lo tanto, *gigantes* entre los habitantes del bosque. Antes, solíamos ganarnos la vida explotando nuestras minas, pero llegamos a la decisión de que tal despojamiento de los recursos del planeta resultaba tan inmoral como inconsciente a largo plazo (y, por si fuera poco, el mercado de metales está bajo mínimos). Así pues, nos hemos convertido en abnegados custodios de la tierra y vivimos aquí en completa armonía con la naturaleza. Y, para llegar a fin de mes, organizamos asimismo retiros destinados a aquellos jóvenes que necesitan entrar en contacto con sus primitivas identidades masculinas.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué consiste eso, aparte de dedicarse a beber leche directamente del envase? —preguntó Blancanieves.

—Yo en tu lugar no emplearía ese sarcasmo —advirtió el jefe de los Siete Gigantes Colosales—. Mis compañeros quieren desembarazarse de ti porque consideran corruptora cualquier presencia femenina, y podría suceder que no me fuera posible detenerles, ¿comprendes? ¡Camaradas, debemos hablar con sinceridad y franqueza! ¡Retirémonos a nuestro refugio!

Los siete hombrecillos abandonaron atropelladamente la estancia, gritando y despojándose de sus vestiduras, y Blancanieves esperó su regreso sin saber qué hacer. Temerosa de pisar cualquier cosa que pudiera andar arrastrándose entre la suciedad que alfombraba el suelo, decidió no moverse de la cama, y de hecho logró esperar hasta su regreso sin moverse.

A sus oídos llegó un fuerte estrépito acompañado de gritos y, al poco rato, los Siete Gigantes Colosales penetraron de nuevo en la cabaña. Iban todos ataviados con sendos taparrabos y, por fortuna, no oían tan mal como hubiera cabido esperar.

—¡Aggggh! ¡Mirad lo que ha hecho con mi cama! ¡Cambio mi voto! ¡Quiero que desaparezca de aquí!

—Cálmate, hermano —dijo el jefe—. ¿Es que no te das cuenta? De esto es precisamente de lo que se trata: de contrastar. Nos será tanto más fácil comprobar nuestros progresos como verdaderos hombres si contamos con la presencia de una hembra con la que poder compararnos.

Los hombres comenzaron a refunfuñar, poniendo en duda lo acertado de su decisión, pero Blancanieves ya estaba harta:

—¡Me niego a seguir aquí en calidad de objeto, sin otra función que la de vara de medir de vuestros respectivos egos y penes!

—De acuerdo, pues —dijo el líder del grupo—. Eres libre de buscar tú misma el camino de regreso a través del bosque. No olvides darle recuerdos a la reina.

—Bueno, también es cierto que puedo quedarme algún tiempo, hasta que se me ocurra otro plan —repuso ella.

—Perfectamente —dijo el jefe—, pero deberás atenerte a ciertas normas básicas. Nada de quitar el polvo, nada de ordenar la casa y nada de andar lavando la ropa interior en el

regadero.

—Y nada de fisgar en el refugio.

—Y no te acerques a nuestras cosas.

Entretanto, en el castillo, la reina se felicitaba de la desaparición de su única rival en hermosura, y andaba entretenida en su gabinete leyendo el *Elle* y *Glamour* y permitiéndose consumir tres onzas enteras de chocolate (sin purgarse a continuación, como solía hacer para conservar la línea). Al poco rato, se dirigió con aire decidido hacia su espejo mágico y le planteó la misma pregunta amarga de siempre:

«Espejito mágico, que todo lo ves, la más hermosa, dime, ¿quién es?»

Y el espejo repuso:

«Tienes un peso perfecto para tu figura y talla pero, en LO QUE HAY QUE TENER, comparada a Blancanieves no pasas de ser morralla.»

Al oír aquello, la reina apretó los puños y dejó escapar un alarido con toda la fuerza de sus pulmones. Sus propias inseguridades llevaban años consumiéndola, hasta el punto de acabar por apartarla moralmente de la norma. Recurriendo a toda su astucia y malicia, comenzó a proyectar un plan mediante el cual asegurar la inviabilidad de su hija política.

Pocos días después, Blancanieves —quien por supuesto se había abstenido de tocar u ordenar nada—, se hallaba sentada en el suelo de la cabaña, meditando. De pronto, oyó que llamaban a la puerta. Blancanieves acudió a abrir y descubrió ante sí a una mujer notablemente dotada desde el punto de vista cronológico que portaba una cesta al brazo. A juzgar por sus vestidos, parecía hallarse libre de las limitaciones de un empleo regular.

—Ayuda a una mujer de ingresos inciertos, querida —dijo—, y compra una de mis manzanas.

Blancanieves reflexionó unos instantes. Personalmente, tenía como norma no adquirir alimentos de intermediarios, ya que lo consideraba una forma de protesta contra los consorcios comerciales agrarios. Su corazón, sin embargo, se había enternecido ante aquella mujer económicamente marginada, por lo que dijo que sí. Lo que Blancanieves ignoraba era que en realidad se trataba de la reina, oculta tras un disfraz, y que la manzana había sido alterada química y genéticamente de tal modo que cualquiera que la mordiera estaría condenado a dormir para siempre.

Cualquiera pensaría al recibir el dinero correspondiente al pago de la manzana, la reina se habría sentido eufórica de comprobar que su plan de venganza estaba funcionando. Sin embargo, al contemplar la hermosa complexión y la tersa figura de Blancanieves se sintió sucesivamente asaltada por oleadas de envidia y autodesprecio. Por fin, rompió en lágrimas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué le sucede? —preguntó Blancanieves.

—Eres tan joven y tan hermosa —sollozó la reina disfrazada— mientras que yo resulto repelente a la vista y empeoro con cada día que pasa.

—No debería usted decir eso. Después de todo, la belleza reside en el interior de las personas.

—Hace años que me lo repito a mí misma —repuso la reina—, pero aún no alcanzo a creérmelo. ¿Cómo logras mantenerte en una forma tan espléndida?

—Bueno... medito mucho, hago tres horas de *aerobic* todos los días y cada vez que me ponen un plato delante procuro no consumir más que la mitad. ¿Querría usted que la enseñara?

—Oh, sí, sí, por favor —dijo la reina. Así pues, comenzaron con una simple sesión de treinta minutos de meditación *hatha yoga* y, a continuación, practicaron *aerobic* durante una hora. Luego, mientras descansaban, Blancanieves partió la manzana por la mitad y entregó uno de los trozos a la reina. Ésta, sin pensar, lo mordió, y ambas cayeron en un profundo sueño.

Ya avanzado el día, los Siete Gigantes Colosales regresaron de un refugio que poseían en el bosque, cuidadosamente guarnecido con barro, plumas y pieles animales. Les acompañaba el príncipe de un reino vecino que había acudido a aquel retiro masculino con la esperanza de hallar una cura para su impotencia (o, como él prefería denominarla, su involuntaria suspensión de actividad falocéntrica). Venían todos riendo y entrechocando las palmas con gran camaradería, pero se detuvieron al ver los dos cuerpos tendidos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el príncipe.

—Aparentemente, nuestra invitada y esta otra mujer han debido de enzarzarse en una refriega y se han liquidado la una a la otra —sugirió uno de los gigantes.

—Si pensamos que de este modo iban a hacernos caer presa de nuestros sentimientos más débiles, se equivocan de medio a medio —bufó otro.

—Bueno, ya que tenemos que desembarazarnos de ellas, ¿por qué no poner en práctica uno de esos funerales vikingos acerca de los que tanto hemos leído?

—¿Sabéis? —dijo el príncipe—, quizá juzguéis que lo que voy a decir resulta ligeramente depravado, pero tengo confianza en vosotros. Encuentro atractiva a la más joven. Sumamente atractiva. ¿Os importaría, muchachos..., esto..., esperar fuera mientras yo...?

—¡Detente ahora mismo! —dijo el jefe de los gigantes—. Esos trozos de manzana a medio comer... ese atuendo repugnante... esto tiene toda la pinta de tratarse de alguna clase de sortilegio. No están ni mucho menos muertas.

—Buf... —suspiró el príncipe—, no sabéis cuánto me alegro. Bueno, chicos, ¿podrías, pues, levantar el vuelo y dejarme que...?

—Alto ahí, príncipe —dijo el jefe—. ¿Acaso Blancanieves ha logrado que vuelvas a sentirte *hombre*?

—Desde luego que sí. Y ahora, ¿os importaría...?

—¡No la toques! No la toques o romperás el hechizo —dijo el líder. A continuación, caviló unos segundos y dijo—: Hermanos, creo adivinar ciertas posibilidades económicas en todo esto. Si conservamos a Blancanieves en esta comarca, podríamos anunciar nuestros retiros como centros de tratamiento contra la impotencia.

Los gigantes mostraron su aprobación asintiendo con la cabeza, pero el príncipe les interrumpió:

—¿Y qué hay de mí? Yo ya he pagado mi inscripción. ¿Cuándo me tocará... esto... hacer la cura?

—No te enrolles, Príncipe —dijo el jefe—. Se ve pero no se toca. De otro modo, romperás el hechizo. Ahora bien, te diré qué puedes hacer: puedes montártelo con la otra.

—No quisiera parecer clasista —dijo el príncipe—, pero no tiene el *calibre* necesario para mí.

—Eso me suena a farol viniendo de alguien que siempre falla el blanco —dijo uno de los gigantes, y todos, menos el príncipe, rompieron en carcajadas.

Dijo el jefe:

—Vamos, hermanos, recojamos a estas dos y veamos cómo exhibirlas del modo más eficaz posible.

Hicieron falta tres gigantes para alzar a cada una de las mujeres, pero al fin consiguieron transportar los dos cuerpos. Apenas lo habían hecho, sin embargo, cuando los trozos de manzana envenenada se desprendieron de los labios de Blancanieves y de la reina y ambas despertaron de su sueño.

—¿Qué os habéis creído que estáis haciendo? ¡Dejadnos en el suelo! —gritaron.

Los gigantes se sobresaltaron hasta tal punto que poco les faltó para dejarlas caer.

—¡No he escuchado nada tan repugnante en toda mi vida! —vociferó la reina—. ¡Ofrecemos al público como si fuéramos objetos!

—Y tú —dijo Blancanieves dirigiéndose al príncipe—, intentando hacértelo con una chica que está en coma. ¡Puaj!

—Oye, a mí no me echas la culpa —dijo el príncipe—. Ten en cuenta que se trata de un problema de salud.

—No empecéis a echarnos las culpas a nosotros —dijo el líder de los gigantes—. Al fin y al cabo, fuisteis vosotras quienes invadisteis nuestra propiedad. ¡Puedo llamar a la policía!

—Ni se te ocurra, Napoleón —dijo la reina—. Estos bosques son propiedad de la corona. *Vosotros* sois los intrusos.

Aquella réplica despertó una notable agitación entre los presentes, pero nada comparable al revuelo que causó su siguiente advertencia:

—Y, otra cosa: mientras estábamos paralizadas y todos vosotros os dedicabais a divagar desde vuestra perspectiva machista, tuve ocasión de experimentar una revelación personal. De ahora en adelante, pienso dedicar mi vida a eliminar el abismo que se abre entre el cuerpo y el espíritu de las mujeres. Proyecto enseñar a todas ellas a aceptar su imagen física natural y a superar su desintegración. Blancanieves y yo vamos a fundar un centro de conferencias y un balneario femenino en este preciso lugar, un sitio donde podamos celebrar retiros, reuniones y conferencias para todas las hermanas del planeta.

Inmediatamente, se desató una enorme algarabía de gritos e insultos, pero la reina terminó por salirse con la suya.

No obstante, antes de que pudieran ser desahuciados de su residencia, los Siete Gigantes Colosales lograron organizar el traslado de su refugio a otro lugar aún más internado en las profundidades del bosque. El príncipe permaneció en el balneario en calidad de elegante —pero inofensivo— profesor de tenis. Y Blancanieves y la reina se convirtieron en buenas amigas y llegaron a hacerse mundialmente famosas por sus contribuciones a la causa de la hermandad femenina. En cuanto a los gigantes, nunca más volvió a saberse de ellos, salvo por las diminutas huellas que de vez en cuando aparecían por las mañanas bajo las ventanas de los vestuarios del balneario.

EL POLLITO CHIQUITITO



El Pollito Chiquitito vivía en un tortuoso sendero campestre rodeado por altos robles. (Conviene señalar aquí que el nombre «Chiquitito» es simplemente un apellido, y no un apodo despreciativo derivado del tamaño del individuo. El hecho de que El Pollito Chiquitito poseyera, efectivamente, un tamaño inferior a la media no obedece sino a una simple casualidad.) Un día, El Pollito Chiquitito estaba jugando en la carretera cuando entre los árboles sopló una ráfaga de viento que hizo que una bellota se desprendiera y le golpeará de lleno en la cabeza.

Ahora bien, por más que El Pollito Chiquitito poseyera, efectivamente, un cerebro de tamaño reducido desde el punto de vista fisiológico, también es cierto que sabía aprovechar al máximo sus posibilidades. Así pues, cuando chilló «¡Se cae el cielo, se cae el cielo!», no estaba llegando a una conclusión errónea, estúpida o absurda, sino simplemente limitada desde un aspecto lógico.

El Pollito Chiquitito echó a correr carretera abajo hasta llegar a casa de su vecina, la Gallina Catalina, quien se encontraba a la sazón ocupada en arreglar su jardín. No se trataba de una tarea complicada, ya que para ello no empleaba insecticidas, herbicidas ni fertilizantes y, además, permitía que plantas silvestres autóctonas no comestibles de toda clase (conocidas a veces como «hierbajos») se mezclaran con sus cosechas alimenticias. Así pues, semioculta entre el follaje, la Gallina Catalina oyó la voz del Pollito Chiquitito mucho antes de verle.

—¡Se cae el cielo, se cae el cielo!

La Gallina Catalina asomó la cabeza por encima de la fronda del jardín y dijo:

—¡Pollito Chiquitito! ¿Por qué gritas de ese modo?

Repuso el Pollito Chiquitito:

—Porque estaba jugando en la carretera cuando un trozo de cielo enorme se cayó y me golpeó en la cabeza. Mira, ¿lo ves? Este chichón lo demuestra.

—Sólo podemos hacer una cosa —dijo la Gallina Catalina.

—¿Y qué es? —inquirió el Pollito Chiquitito.

—¡Demandar a esos canallas! —dijo la Gallina Catalina.

—¿Demandarlos por qué? —preguntó, el Pollito Chiquitito, desconcertado.

—Por daños personales, discriminación, provocación deliberada de angustia emocional, provocación negligente de angustia emocional, agresión dolosa, ofensas, agravios... todo lo que se te ocurra. Los demandaremos.

—¡Dios mío! —dijo el Pollito Chiquitito—. ¿Y qué ganaremos con ello?

—Podemos obtener una compensación económica en concepto de dolor y padecimientos, daños y perjuicios, daños punitivos, invalidez y desfiguración, recuperación a largo plazo, angustia mental, menoscabo de tu estima personal y capacidad laboral...

—¡Persona, qué buena idea! —exclamó alegremente el Pollito Chiquitito—. ¿Y a quién demandaremos?

—Bueno, no creo que el cielo se encuentre reconocido *per se* como entidad procesable por parte del Estado —dijo la Gallina Catalina.

—Opino que deberíamos ir a buscar un abogado que nos dijera a quién podemos demandar —dijo el Pollito Chiquitito, esforzando al máximo su diminuto cerebro.

—Buena idea. Y, ya que estamos, aprovecharé para que me digan a *quién* puedo demandar por estas ridículas patitas huesudas que tengo. Durante toda la vida no me han causado otra cosa que angustia y vergüenza, y alguien debería compensarme de algún modo por ello.

Dicho esto, siguieron corriendo por el sendero hasta llegar a la casa de su vecino, el Ganso Manso. El Ganso Manso estaba ocupado enseñando a su compañera animal canina a comer hierba con objeto de poder así librarse de los sentimientos de culpa que experimentaba tras alimentarla con cadáveres animales procesados y enlatados.

—¡Se cae el cielo, se cae el cielo!

—¡Demandemos a esos canallas, demandemos a esos canallas!

El Ganso Manso se asomó por encima de la valla y dijo:

—¡Por todos los diablos! ¿Por qué gritáis de ese modo?

—Porque estaba jugando en la carretera y se me cayó un trozo de cielo en la cabeza —explicó el Pollito Chiquitito.

—Así que vamos en busca de un abogado que nos diga a quién podemos demandar tanto por sus lesiones como por mis patas huesudas.

—¡Qué bien! ¿Os importa que os acompañe para demandar a alguien por este cuello tan flaco y tan larguirucho? No sé, no encuentro nada que le siente bien, hasta el punto de que he llegado a convencerme de que existe en la industria de la moda una conspiración contra las aves acuáticas de cuello prolongado.

Y los tres echaron a correr por la carretera en busca de asistencia legal.

—¡Se cae el cielo, se cae el cielo!

—¡Demandemos a esos canallas, demandemos a esos canallas!

—¡Acabemos con la conspiración, acabemos con la conspiración!

Algo más adelante, se encontraron con el Zorro Listorro, que iba ataviado con un traje azul y portaba un maletín. Al verles, levantó una pata para detener a la comitiva.

—¿Puede saberse adonde os dirigís en un día tan hermoso? —dijo el Zorro Listorro.

—¡Buscamos a alguien a quien poder demandar! —gritaron los tres al unísono.

—¿Qué cargos os proponéis presentar? ¿Lesiones personales? ¿Discriminación? ¿Provocación deliberada de angustia emocional? ¿Provocación negligente de angustia emocional? ¿Agresión dolosa? ¿Ofensas y agravios?

—¡Oh, sí, sí! —exclamaron los tres con enorme excitación—. ¡Todo eso y más!

—Bien, pues en ese caso estáis de suerte —dijo el Zorro Listorro—. Precisamente tengo la agenda relativamente descargada, por lo que podré representaros en todos cuantos litigios queráis presentar.

Los tres miembros del trío prorrumpieron en vítores y batieron sus alas, y el Pollito Chiquitito preguntó:

—Pero, ¿a quién vamos a demandar?

El Zorro Listorro, sin inmutarse, dijo:

—¿A quién *no* vamos a demandar? Ante tres víctimas indefensas como vosotros podemos encontrar más responsables de los que caben en una sala de tribunal. Vayamos todos a mi despacho para discutir la cuestión en profundidad.

El Zorro Listorro se encaminó hacia una pequeña puerta de metal negro emplazada en la ladera de una loma cercana.

—Adelante. Entrad aquí —dijo, descorriendo el cerrojo. Pero la puerta negra se negaba a abrirse. El Zorro Listorro la manipuló con una pata, y luego con la otra, pero la puerta seguía cerrada. El zorro tiraba y empujaba violentamente, profiriendo maldiciones que incluían tanto a la puerta en sí como a su capacidad mental e historial sexual.

Pero al fin, ésta se abrió de par en par y de ella surgió una enorme bola de fuego. ¡En realidad, se trataba de la puerta que daba acceso al horno del Zorro Listorro! Pero, desgraciadamente para él, la bola de fuego le envolvió la cabeza, le quemó hasta el último de sus cabellos y bigotes y le dejó totalmente catatónico. En cuanto al Pollito Chiquitito, la Gallina Catalina y el Ganso Manso, salieron todos huyendo y felicitándose de no haber resultado devorados.

No obstante, los familiares del Zorro Listorro se apresuraron a arreglar cuentas con ellos. Además de demandar al fabricante de la puerta del horno en nombre de su pariente, presentaron una querrela contra las tres aves de corral anteriormente mencionadas por aprisionamiento, imprudencia temeraria y fraude, exigiendo compensaciones económicas en concepto de dolor y padecimientos, daños y perjuicios, daños punitivos, invalidez y desfiguración, recuperación a largo plazo, angustia mental, menoscabo de capacidad laboral y estima personal y pérdida de una buena cena. Las tres aves apelaron posteriormente y, hasta la fecha, siguen todos batallando en los tribunales.



rase una vez una joven princesa de la que cuentan que, cada vez que se cansaba de partirse la cabeza contra la estructura masculina de poder reinante en su castillo, solía relajarse paseando por los bosques y sentándose junto a un pequeño estanque. Allí, se entretenía lanzando al aire su pelota dorada preferida y cavilando acerca del papel de las luchadoras eco-feministas en su época.

Un día, mientras se recreaba imaginando la utopía en que podría convertirse su reino de ocupar las mujeres los círculos de poder, dejó caer la pelota, y ésta rodó hasta el estanque. El estanque era tan profundo y lóbrego que la princesa no lograba ver dónde había ido a parar. Ni que decir tiene que no lloró, si bien sí anotó mentalmente que debería tener más cuidado en el futuro.

Súbitamente, oyó una voz que le decía:

—Princesa, yo podría devolveros vuestra pelota.

Miró a su alrededor y vio la cabeza de una rana que asomaba sobre la superficie del estanque.

—No, no —dijo—, jamás esclavizaría a un miembro de otra especie animal obligándolo a trabajar en beneficio de mis egoístas intereses.

—Bien, ¿que os parece entonces si llegamos a un acuerdo basado en estas circunstancias concretas? Recuperaré vuestra pelota si a cambio me hacéis un favor.

La princesa accedió de buen grado a tan cabal propuesta. La rana se sumergió bajo el agua y, a los pocos instantes, emergió portando en la boca la pelota dorada. Tras escupirla sobre la orilla, dijo:

—Y ahora que yo os he hecho un favor, querría sondear vuestra opinión acerca de la atracción física entre especies distintas.

La princesa no lograba imaginar de qué podía estar hablando la rana, pero ésta continuó:

—Veréis... lo cierto es que no soy ni mucho menos una rana. En realidad, soy un hombre, al que un malvado brujo hizo víctima de un hechizo. Por más que mi forma anfibia no sea ni mejor ni peor que mi forma humana —sino únicamente diferente—, me encantaría rodearme de nuevo de la compañía de las personas. Y lo único que puede romper este hechizo es el beso de una princesa.

La princesa reflexionó un momento acerca de las posibilidades de acoso sexual entre especies distintas, pero los argumentos de la rana habían ablandado su corazón. Se inclinó y depositó un beso sobre la frente la rana. Y allí mismo, sobre el mismo estanque en el que había descubierto al animal, apareció ante sus ojos un hombre ataviado con una camisa de golf y unos pantalones a cuadros francamente chillones: se trataba de un individuo de mediana edad, verticalmente limitado y ligeramente escaso de cabello en su zona superior.

La princesa se quedó estupefacta.

—Lamento mucho si lo que voy a decir suena algo clasista —tartamudeó—, pero... en fin, quiero decir que... tenía entendido que los brujos solían aplicar sus hechizos a príncipes.

—Por lo general, sí —dijo él—, pero esta vez la víctima resultó ser un hombre de negocios normal y corriente. El caso es que trabajo en una compañía de promoción inmobiliaria, y el brujo pensó que pretendía engañarle en un litigio de lindes. Sea como fuere, me invitó a jugar al golf y, justamente cuando me disponía a dar el primer golpe me transformó. Sin embargo, no quisiera que pensara que he perdido el tiempo durante el período que he pasado convertido en rana. He tenido ocasión de conocer cada centímetro cuadrado de estos bosques y pienso que se trata de una zona ideal para construir un complejo de oficinas, urbanizaciones y apartamentos en multipropiedad. ¡Está magníficamente situado, y las cifras encajan a la perfección! El banco no hubiera aprobado ningún préstamo tratándose su cliente de una rana, pero ahora que he recuperado mi forma humana, vendrán a comerme de la mano. ¿Os imagináis? ¡Qué maravilla! Y, os lo aseguro: hablo de un proyecto ambicioso. Basta con desecar el estanque, talar el ochenta por ciento de los árboles y contratar mano de obra para...

El promotor-rana vio interrumpido su discurso: la princesa le había embutido la pelota dorada entre los dientes. A continuación, la joven volvió a sumergirle bajo el agua y le sujetó allí con fuerza hasta que dejó de debatirse. Mientras regresaba caminando hacia el castillo, no pudo por menos de asombrarse ante el número de buenas acciones que puede llevar a cabo una persona en una sola mañana. Y, aunque pudo haber quien echara de menos a la rana, nadie volvió a acordarse jamás del promotor inmobiliario.



rase una vez una pequeña granja en la que habitaban un niño llamado Juan y su madre. Ambos vivían excluidos de los círculos normales de actividad económica, y aquella cruel realidad los mantenía en situación de grave apuro hasta que, un día, la madre dijo a Juan que fuera al mercado con la única vaca que poseían y que la vendiera al mejor precio posible.

¡Ni por un momento pensaron en los miles de litros de leche que le habían robado! ¡Ni en las horas de placer que habían obtenido de la compañía de su bovina amiga! ¡Por no hablar del estiércol que se habían apropiado para abonar su jardín! La vaca, de repente, había pasado a ser un objeto de su propiedad como cualquier otro. Juan, aún inconsciente de que los animales no humanos poseen los mismos derechos que los humanos —si no más— obedeció las órdenes de su madre.

De camino al pueblo, Juan se cruzó con un viejo brujo vegetariano, quien le previno acerca de los peligros que entraña el consumo de carnes y productos lácteos.

—Oh, no tengo ninguna intención de comerme esta vaca —dijo Juan—. La llevo al pueblo para venderla.

—Sí, pero al hacerlo no lograrás sino perpetuar el mito cultural de la carne de vacuno, descuidando así el impacto negativo que la industria cárnica ejerce sobre nuestra ecología y los problemas sanitarios y sociales resultantes de la consumición de carne. Sin embargo, jovencito, creo que aún eres demasiado torpe para desarrollar tales razonamientos. Te diré lo que haremos: te ofrezco cambiarte la vaca por estas tres habichuelas mágicas, que contienen tantas proteínas como el animal entero y, en cambio, se hallan desprovistas de grasa y sodio.

Juan aceptó el trato de buen grado y regresó a casa con sus tres habichuelas. Cuando detalló a su madre las condiciones del intercambio, ésta se puso furiosa. Hasta entonces, había considerado a su hijo como un ser más cercano al conceptualismo que al pensamiento lineal, pero al oír aquello no le cupo duda de que se trataba claramente de una persona de dotes diferenciadas. Indignada, cogió las tres habichuelas, las arrojó por la ventana y, ese mismo día, asistió a una primera reunión de apoyo en el centro de Madres de Protagonistas de Cuentos Infantiles.

A la mañana siguiente, Juan asomó la cabeza por la ventana para comprobar si el sol había vuelto efectivamente a salir por el Este (comenzaba a detectar cierta regularidad en aquel hecho). Advirtió, sin embargo, que las habichuelas habían desarrollado un formidable tallo que se elevaba hasta atravesar las nubes. Dado que ya no había en la casa vaca alguna que ordeñar, Juan decidió trepar hasta el cielo siguiendo el curso del tallo.

Al llegar a la cumbre, más allá de la capa de nubes, descubrió un enorme castillo. No sólo era éste de gran tamaño, sino que había sido construido en escala superior a la media, cual si se tratara del domicilio de alguien aquejado de gigantismo. Tan pronto como penetró en el castillo, Juan oyó una música deliciosa que inundaba el ambiente y fue siguiendo su sonido hasta localizar la fuente del mismo: un arpa de oro que sonaba sin que nadie la tocara. Junto a aquella arpa autosuficiente pudo ver una gallina sentada sobre un montón de huevos de oro.

Ahora bien, hay que considerar que la perspectiva del enriquecimiento fácil y de la distracción fútil constituía un poderoso reclamo para los aspectos más aburguesados de la sensibilidad de Juan y, así, éste se apropió del arpa y de la gallina y echó a correr en dirección a la puerta. Inmediatamente, oyó unas pisadas atronadoras y una voz tonante que decía:

«FEE, FIE, FOE, FUM, ¡Huelo a sangre de inglés! ¡Querría conocer su cultura y su estilo de vida! ¡Y compartir con él mis propias perspectivas desde un punto de vista abierto y generoso!»

Juan, por desgracia, se hallaba demasiado cegado por la codicia para aceptar el intercambio cultural que le ofrecía el gigante. «No es más que un truco —pensó—, y, además, ¿para qué iba a querer un gigante objetos tan finos y delicados? Sin duda, se los habrá apropiado de alguien, por lo que me asiste todo el derecho del mundo a arrebatárselos.» Sus desesperadas justificaciones —notables en alguien de tan escasos recursos mentales como él— revelaban una terrible falta de sensibilidad hacia los derechos personales del gigante. Aparentemente, Juan era un terrible dimensionista, convencido de que todos los gigantes eran seres torpes, explotables y de perspicacia limitada.

Cuando el gigante vio que Juan se había apropiado del arpa mágica y de la gallina, le preguntó:

—¿Por qué te llevas lo que me pertenece?

Juan sabía que no podía correr más deprisa que el gigante, por lo que se vio obligado a pensar apresuradamente.

—No me lo llevo, amigo mío —farfulló—. Simplemente, someto estos objetos a mi tutela de modo que puedan ser administrados correctamente, y aprovechadas al máximo sus posibilidades. Espero que sepáis perdonarme, pero vosotros, los gigantes, poseéis un intelecto demasiado rudimentario e ignoráis cómo administrar vuestros recursos como es debido. Me limito a defender vuestros propios intereses. Ya tendréis tiempo de agradecerme.

Dicho esto, Juan contuvo el aliento y aguardó para ver si aquel farol le salvaba el pellejo. El gigante dejó escapar un profundo suspiro y dijo:

—Sí, tienes razón. Es cierto que los gigantes empleamos nuestros recursos de modo alocado. ¡Con decirte que cada vez que descubrimos una nueva mata de habichuelas nos entusiasmos tanto que la arrancamos del suelo!

Juan sintió que se le caía el alma a los pies. Girando sobre sus talones, asomó la cabeza por la puerta del castillo: efectivamente, el gigante había arrancado los tallos de sus habichuelas. Aterrorizado, gritó:

—¡Ahora me encuentro atrapado con vos en estas nubes para siempre!

El gigante dijo:

—No te preocupes, amiguito. Aquí, somos todos unos estrictos vegetarianos, y siempre hay habichuelas en abundancia para comer. Además, no estarás solo. Hay otros trece homrecillos de tu tamaño que ya han trepado por matas de habichuelas para visitarnos y se han quedado con nosotros.

Y así, Juan se resignó a su suerte como nuevo miembro de la nubosa comunidad del gigante. No echó demasiado de menos a su madre y a la granja, ya que en el cielo había menos trabajo, y comida más que suficiente. Y, gradualmente, fue aprendiendo a no juzgar nunca más a las personas por su tamaño, con excepción de aquellas que eran más reducidas que él.



El pintoresco pueblecito de Hamelín poseía todo cuanto una comunidad puede desear: industrias no polucionantes, un tráfico ordenado y una amplia y equilibrada diversidad etnorreligiosa. De hecho, sus autoridades habían logrado ilegalizar o proscribir todos aquellos elementos que podrían haber impedido a sus ciudadanos el desarrollo de una existencia gratificante y confortable. Todos, esto es, menos el depósito de caravanas y remolques.

El depósito de caravanas emplazado en las lindes de Hamelín era una vergüenza para la comunidad. No sólo constituía un espectáculo horroroso, con sus camionetas enmohecidas y sus patios llenos de montones de chatarra, sino que albergaba a algunos de los ciudadanos más irreformables e irre recuperables que cabe imaginar: asesinos de animales silvestres, antiguos huéspedes del sistema correccional y conductores de motocicletas todoterreno. Sus adornos de plástico para el jardín, el ensordecedor volumen de su música y las alcoholizadas disputas que libraban cada fin de semana bastaban para estremecer a cualquier ciudadano respetable.

Un día, como consecuencia de un *rally* especialmente escandaloso, las autoridades del poblado celebraron una asamblea. Tras un acalorado debate, decidieron que, de un modo u otro, tenían que erradicar la presencia de aquella lacra. Sin embargo, a nadie se le ocurría el modo de lograrlo sin violar ni infringir los derechos de las personas que allí habitaban. Finalmente, tras interminables sesiones de oratoria, y considerando que bastante ocupados estaban ya con cuestiones de mayor importancia —tales como la depreciación de la propiedad inmobiliaria— decidieron descargar aquella tarea en terceras personas. En consecuencia, optaron por anunciarse públicamente para reclamar ayuda externa a la solución sus problemas.

Apenas hubieron publicado su anuncio, llegó al poblado un forastero. Se trataba de un individuo verticalmente privilegiado y de peso inferior a la media correspondiente a su estatura. Su vestimenta se componía de prendas combinadas de un modo jamás visto o imaginado anteriormente, y tanto sus modales como el agudo tono de su voz resultaban decididamente únicos. Si bien parecía provenir de algún mundo ajeno (pero no demasiado diferente) del nuestro, no tardó en ganarse la confianza de los desesperados líderes de la población.

—Me comprometo a librar al pueblo de los habitantes del depósito de caravanas —dijo aquel forastero tan notablemente peculiar—, pero debéis prometer que me recompensaréis con cien monedas de oro.

Las autoridades del pueblo no veían el momento de solucionar tan desagradable asunto, por lo que aceptaron de buen grado. Cuanto antes desapareciera el depósito de caravanas, antes podrían todos volver a concentrar la atención en sus propias, abiertas y progresistas conciencias.

Y así, aquel sujeto de tan inhabituales características puso manos a la obra. De su ajada mochila extrajo una pequeña grabadora de avanzadas posibilidades. Cuantos le rodeaban le observaron atentamente mientras insertaba unas cuantas cintas magnetofónicas, ajustaba los diales y comprobaba los niveles de sonido. A continuación, comenzó a mascullar algo frente al micrófono incorporado al aparato. Nadie alcanzó a oír con exactitud sus palabras, pero todos creyeron percibir cierta falta de coherencia en ellas. Súbitamente, cesó en sus murmullos, se puso en pie y comunicó a las altas jerarquías del poblado que necesitaría un camión equipado con un sistema de comunicación pública.

Las autoridades se apresuraron a satisfacer aquella extraña exigencia. Lograron localizar un camión de las características necesarias en el Departamento de Biodiversidad Pública y le entregaron las llaves a aquel hombre de tan singular naturaleza. Éste subió al vehículo, insertó la cinta magnetofónica en el equipo de sonido, puso el motor en marcha y se encaminó al depósito de remolques seguido por todos los presentes.

El camión avanzaba lentamente. Al poco rato, comenzó a surgir música de sus altavoces. Se trataba fundamentalmente de tonadas al estilo country, alternadas con algunos clásicos tales como *La balada de los boinas verdes* y *Los jinetes fantasmas del cielo*. Las autoridades del poblado no pudieron por menos de sentirse extrañadas, hasta que advirtieron que los habitantes del depósito comenzaban a abandonar sus remolques, cobertizos y tabernas con expresión vídriosa y echaban a andar con paso incierto y expresión vídriosa sin dejar de hablar entre ellos.

—Voy a ver si consigo un empleo —decía uno de ellos—. Tengo entendido que en la feria necesitan gente.

—Yo intentaré ingresar en el círculo de tractoristas profesionales —dijo otro.

—¿Creéis que podría ganarme la vida ofreciéndome como voluntario para experimentos médicos? —inquirió un tercero.

Los residentes del depósito de remolques continuaron su camino en pos del camión a medida que éste avanzaba lentamente hacia las afueras del pueblo. Al poco rato, la comitiva desapareció sobre el horizonte, y todas las autoridades prorrumpieron en vítores.

Al cabo de una hora aproximadamente, regresó el camión, ya en solitario.

—Los he conducido a todos hasta la autopista —declaró el forastero de sobresaliente peculiaridad mientras descendía del vehículo—. Allí están, intentando que alguien les lleve a cualquier sitio que no sea Hamelín. Pueden considerar el depósito a su disposición para cualquier cosa que deseen hacer con él.

—¡Magnífico! —dijo una de las personalidades de la población en calidad de portavoz—. Ahora que se han marchado, podemos implementar nuestros planes para el establecimiento de un Centro de Reorientación de Refugiados del Tercer Mundo. Gracias, gracias.

—Y ahora, si son tan amables de abonarme las cien monedas de oro acordadas, seguiré mi camino.

—Bien... esto... el caso es que Hamelín es una ciudad que apuesta por el establecimiento de una economía basada en el capital humano y no en la mera explotación de los recursos físicos. En consecuencia, queríamos sugerirle que aceptara esta cartilla de cupones, que le permitirán beneficiarse en Hamelín de servicios tales como masajes gratuitos y cursillos encaminados a la liberación de su inconsciente infantil.

El hombre de peculiares características aguzó la mirada.

—Prometieron pagarme cien monedas de oro —dijo, gradual y visiblemente irritado—. Páguenme lo acordado o habrán de sufrir las consecuencias.

—Si prefiere renunciar a su parte de responsabilidad a la hora de convertir el mundo en un lugar más igualitario —gorjeó el portavoz—, así sea. Se le hará entrega de un pagaré oficial de Hamelín, intercambiable por una significativa porción de su valor nominal en numerosas oficinas de cambio y tiendas de licores de las poblaciones circundantes.

El hombre de singular naturaleza vaciló y, por fin, dejó escapar una risita enigmática y volvió a encaramarse al camión. Antes de que nadie pudiera detenerle, recorrió uno por uno todos los barrios de Hamelín. A medida que avanzaba, los altavoces iban entonando una música extraña y aguda que nadie alcanzó a reconocer. Inmediatamente, los niños de Hamelín comenzaron a abandonar sus hogares y sus terrenos de juego. Con mirada vídriosa, se agruparon en las calles intercambiando solemnes comentarios que no escaparon a los oídos de las autoridades del poblado.

—El mercado libre es el único medio seguro para proporcionar a la gente incentivos personales encaminados a la construcción de una sociedad mejor —comentaba un niño.

—Debemos respetar el derecho de los ciudadanos a preservar la pureza étnica de sus vecindarios —afirmaba otro.

—Nuestra única obligación como sociedad es asegurarnos de que todos sus componentes cuentan con igualdad de oportunidades —declaró un tercero.

A medida que los pequeños iban formando asociaciones de desobediencia fiscal y grupos de milicias armadas, las autoridades del pueblo fueron advirtiendo con pesar que todos sus años de cuidadosa planificación social no tardarían en convertirse en humo. Al día siguiente, descubrieron el camión de propaganda estacionado en las afueras de la población, pero no hallaron rastro alguno del misterioso individuo al que habían intentado estafar.